



## Los ojos centinelas de Edda Armas

*Armadura de piedra* de Edda Armas, Caracas, Pequeña Venecia, 2005, 77 págs. ISBN: 980-6315-88-X.

Cuando se mira retrospectivamente lo que ha sido la producción de la poeta Edda Armas, a lo largo de treinta años, se constata que cada libro está cerrado sobre sí mismo como un guijarro. Que esos libros no son, como tantas veces sucede, colecciones de poemas encadenados a un título, sino unidades de perfecta coherencia interna, tanto en la forma y en las búsquedas como en los aspectos temáticos y en la experiencia vital y humana que ellos expresan. Con inusitada frecuencia, incluso, la autora se abstiene de identificar los poemas y prefiere una letra o un simple número. Son, pues, obras que uno aborda como lector con la impresión de que fueron concebidas y gestadas como libro, no como textos o poemas que se fueron ensartando en función del objeto impreso. Cada libro de Edda Armas es una apuesta estética, una mirada al mundo y una aventura de lenguaje.

El más reciente, *Armadura de piedra* (Pequeña Venecia, 2005), ilustra de manera ejemplar esto que acabo de señalar. Aunque fragmentado en cinco partes, los poemas están desprovistos de título alguno y admitirían perfectamente una lectura continua de comienzo a fin. Pero, por encima de todo, me parece que *Armadura de piedra* marca un punto de inflexión en la obra que Edda Armas viene desarrollando desde los años setenta, cuando publica su primer poemario que, no por azar, tituló *Roto todo silencio* (1975). A los veinte, la autora rompe el cascarón del lenguaje e irrumpe con una inicial propuesta. Hoy, en la madurez, con la piel dura y la lucidez que arrastra la pérdida de la inocencia, la poeta entrega *Armadura de piedra*. ¿Ha variado la mirada, o simplemente el punto de mira? ¿Se ha transformado su manera de estar en el mundo? ¿O acaso es que para la poeta el mundo ya no es lo que era? Los dos epígrafes generales del libro responden en parte estos interrogantes. El primero es de Goethe y sentencia: “Toda poesía es de circunstancia”. De Lorenzo Oliván, el segundo epígrafe dice: “Nunca mires las cosas tan sólo con tus ojos”. La visualidad había sido, en efecto, un aspecto central en la poesía anterior de Edda Armas. Esa mirada que se posa sobre las cosas, que registra, se asombra, se enamora, desea, desde lo más profundamente sensorial, emotivo, afectivo, irónico, incluso, en un libro como *La otra orilla* (1999). Esa mirada aparecía, entonces, como una constante en todos sus libros incluyendo el inmediatamente anterior, titulado *En Bicicleta*, ganador de la XIV Bienal Literaria José Antonio Ramos Sucre y publicado hace dos años.

En *Armadura de piedra* no es que la autora haya cerrado los ojos, sino que los tiene más abiertos. La mirada ha dejado de ser desprevénida: “He visto demasiado/ No tengo boca. Sólo ojos



centinelas”, se lee en el poema XIII. Y en el XXI: “No hay intimidad en la mirada”. Ahora es el mundo desquiciado, violento, desacomodado, el que se planta frente a la poeta y la interroga, la revuelve y la turba. La tierra se ha tornado desértica y ya ni siquiera las montañas son verdes. Pero no se trata, de ninguna manera, del mundo como entidad ontológica, sino del mundo en una circunstancia particular y concreta. Y ella ya no es la mujer sensible y frágil, sino el ser humano enfrentado al desasosiego, a la rabia y a la impotencia.

Jean Paul Sartre, que por supuesto no era poeta, pero sí dueño de una admirable prosa y valoraba sobremanera la poesía, a pesar de que alguien lo tildara de detestarla, anotaba, al analizar la brecha que separa a la poesía de la prosa: “La emoción, la pasión misma –y por qué no, la cólera, la indignación social o el odio político– participan en el origen del poema. Pero no se expresan en él, como en un libelo o una profesión de fe. A medida que el prosista expone sus sentimientos, los esclarece; en el poeta sucede lo contrario: si vuelca sus pasiones en su poema deja de reconocerlas: las palabras se apoderan de ellas, se empapan con ellas y las metamorfosean; no las significan, ni siquiera a los ojos del autor”.

En *Armadura de piedra* asoman esos sentimientos de indignación, de cólera, de angustia, de rabia, de miedo, pero asoman como tienen que asomar en una escritura que es poesía y no panfleto o arenga. Aflora también, ahora, una dimensión social o histórica, en una poesía más volcada antes hacia la subjetividad. Y aquí cobra sentido el epígrafe de Goethe: “Toda poesía es de circunstancia”. Pero la poeta no traiciona su decir y trasciende lo que en otras manos hubiera podido ser eso: una creación de circunstancia –política, comprometida, combatiente– que tantos poemas mediocres ha dictado. *Armadura de piedra* trasciende la circunstancia y apunta a una dimensión de lo esencial, y en ese sentido trascendente. Es un decir que, a falta de una expresión más justa, me atrevería a llamar más reflexivo que intuitivo. Un decir que escamotea lo trivial a fuerza de un universo poético muy personal, de un lenguaje muy decantado, de un ritmo y de una sonoridad sin los cuales puede darse una escritura pero no un poema. *Armadura de piedra* es un libro en el que si bien la autora ha mantenido su tendencia a ser más expansiva o más comunicativa, tendencia explícita ya en sus últimos poemarios, sigue exhibiendo como una de sus virtudes la concisión. La materia vivencial con la cual está amasado *Armadura de piedra* se hubiera prestado para la grandilocuencia, para la vehemencia, que no han sido, ni podrán ser jamás rasgos de la personalidad poética de Edda Armas. Dejemos la grandilocuencia y la verborrea para los discursos políticos. Que sobran en los tiempos que vivimos.

**Valentina Marulanda**

vmarulanda@cantv.net